

Tres Enriques o los avatares de la "Ponzoña lírica"

(Recuerdos, apuntes, nostalgias)

Enrique González Rojo¹

El que tres individuos no sólo emparentados, sino unidos entre sí por la relación consanguínea de abuelo-padre-hijo, profesen una manifiesta vocación poética, no es un hecho frecuente en el mundo y resulta un caso único, al parecer, en nuestro país. González Martínez es no sólo el creador de una importante obra lírica en la literatura mexicana del siglo xx, sino el arranque de otros dos poetas que ostentan el mismo nombre y que, por razones hereditarias y ambientales, le rinden pleitesía a la palabra y escudriñan en el frasco de tinta los enigmas del canto. La imagen del poeta que entrega una antorcha o una estafeta a su sucesor y la de éste que la pasa, a su vez, a su descendiente, cabe perfectamente en los parámetros de la exactitud. Esta imagen de la antorcha la vislumbra González Martínez, en efecto, al escribir en "El hijo muerto":

Soñé con tu palabra de poeta
para forjar en luminoso día
la estrofa presentida o incompleta.
Prendí tu antorcha... Pero boca impía,
soplando con aliento de pavora,
mató su llama sin tocar la mía.

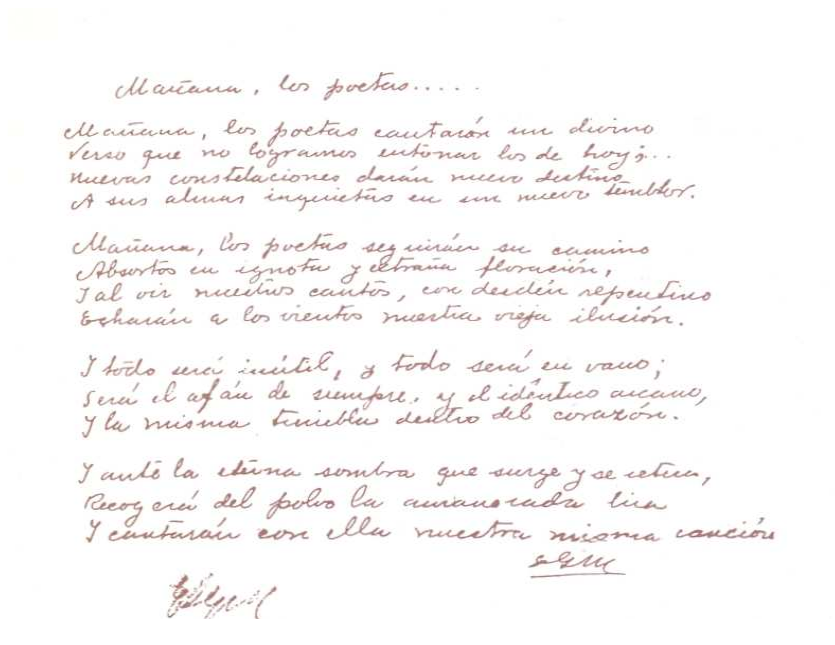
Al pensar en el carácter hereditario de la "ponzoña lírica" (como la llamaba mi abuelo) me ha venido a la mente una fotografía que se ha reproducido en múltiples ocasiones y en diversas revistas: la de los "tres Enriques".

En la sala principal de la Legación de México en España —en una época, 1930, en que la representación diplomática de nuestro país no se había elevado aún al grado de embajada— miran a la cámara mi abuelo (el ministro de México en aquel país), mi padre y yo. González Martínez tiene

¹ Poeta, filósofo y catedrático

ligeramente separadas las piernas para formar un hueco en el que yo, de dos años, me instalo a la perfección. Con la palma de la mano derecha, en la que cabe exactamente la redondez de mi hombro, me retiene por un lado. Por el otro, con la mano izquierda, me toma del brazo, y el codo y deja que mi mano descanse en su muslo.

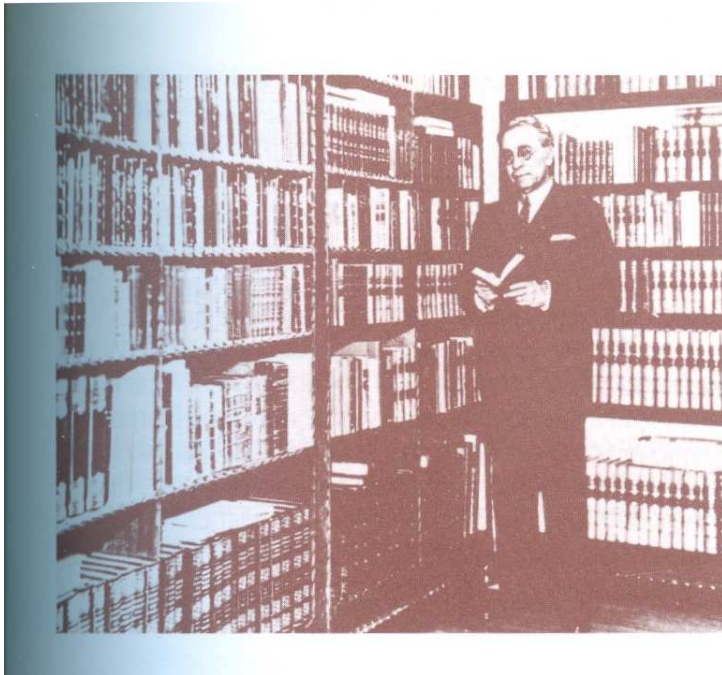
*De manos del poeta me viene el libro flamante: Poemas truncos. Y una parvada de recuerdos se levanta y se pone a cantar en mi corazón al repasar las líricas páginas. Así repasaba yo" y degustaba y releía para mí y para espíritus afines y dilectos, las confidencias armónicas de Los senderos ocultos o de La muerte del cisne, en aquellos días de mi adolescencia amorosa de luz, de elevación y de ensueño, llenas de limpios cánticos el alma y la lengua.
Alfonso Junco, "González Martínez".*



Mi abuelo se encuentra sentado en un espléndido sillón con brazos ornamentados y mullidos cojines. En uno de los brazos del sillón (en el de la derecha si lo vemos desde la perspectiva del fotógrafo) se halla sentado mi padre, quien tiene su mano reclinada— hecho que no puede advertirse con precisión en la foto— o en el brazo opuesto del sillón o en la espalda de su padre. En el rostro de los dos primeros Enriques campea una sonrisa. Más pronunciada en el segundo que en el primero. Parecen estar contentos, complacidos de la situación. En el tercero no hay sonrisa. Ni muestras de enojo o de

rabieta. Hay, como casi siempre, expectación, preguntas, aturdimiento. Es la única fotografía en la que estos tres individuos enamorados de las musas aparecen juntos. Hay varias fotos de mi abuelo y mi padre, de mi padre y yo, de mi abuelo y el tercer Enrique: pero esta fotografía del padre, del hijo y del hijo del hijo, es la única en la que aparecen congregadas estas diversas fases de una misma herencia biológica, o en la que los *senderos ocultos*, el *estudio en cristal* o la pretensión de *deletrear el infinito* aparecen amorosamente conjugados.

La anterior descripción de la fotografía en que González Martínez, González Rojo y González Rojo, hijo, posan ante la cámara, me trae a la memoria, por otra parte, un pequeño libro intitulado *Tres Enriques* que fue publicado en 1985 por las Ediciones Papel de Envolver/Colección Luna Hiena de la Universidad Veracruzana. Se trata de una mínima antología de poemas de mi abuelo, de mi padre y de mí mismo. El prólogo es de Salvador Elizondo, la selección de Alicia Torres y mía y las ilustraciones de Fernando Leal Audirac. No resisto la tentación de reproducir el inicio del prólogo de Elizondo porque además de ser una exacta descripción de lo que es la antología en cuestión



Don Enrique González
Martínez

aspecto generacional de los poetas. Escribe, en efecto, Salvador: "Contienen y resumen las páginas de este breve libro los mejores ejemplos de una obra en la que con insospechada armonía se

encuentran las voces de tres generaciones de poetas que entonaron o entonan, como en el vaticinio del mayor de ellos, una misma canción. Sus diversas concepciones de la poesía ilustran algunos de los momentos más intensos y más característicos del desarrollo de la poesía mexicana en el presente siglo".

Es sin duda elocuente el subtítulo ("Misterios de una vocación") que dio mi abuelo a la primera parte de su autobiografía —es decir a *El hombre del búho*), porque si algo resulta enigmático, inasible y oscuro es la vocación o el *escogerse a sí mismo* como el sustentáculo de una especialidad o de una pasión cualquiera. Pero el misterio se agranda si tomamos en cuenta que, para no mencionar a otras personas de mi familia que tuvieron o que tienen aficiones literarias, dicha vocación, en este caso poética, fue heredada, digámoslo así, por el segundo Enrique *desde el primero* y por el tercero *desde el segundo*. Mi abuelo daba, como dije, el curioso y extraño nombre de "ponzoña lírica" a la inspiración. La vocación poética era, para él, hallarse envenenado por el silencio y la necesidad de revelación, emponzoñado por el infinito, enfermo por la ignorancia y la soledad. Pero la inspiración es al propio tiempo una "pugna sagrada", un envenenamiento no sólo doloroso, sino febril, abierto a los mensajes de los ángeles o a las indiscreciones del cielo. Francisco Zendejas, aludiendo a la presencia obsesiva de los Enriques en la poesía mexicana, acuñó la certera frase de que en ellos . encarnaban "no cien años de soledad, sino cien años de poesía", un siglo de llevar a cuevas o de gozar y padecer idéntica o similar "ponzoña lírica".

La muerte de mi padre conmovió especialmente a mi abuelo. Nadie como él sabía las potencialidades creativas y las promesas líricas truncadas por esta desaparición. El primer Enrique dijo del segundo: mi hijo Enrique "logró que su voz de poeta tuviera un timbre diverso del mío, que su tono personal fuera marcándose sin evocar el tono paterno. Y cuando la vida y los viajes le fueron enriqueciendo de emociones, y después del libro inicial *El puerto* pudo escribir su bello volumen *Espacio* —menos elogiado por la crítica de lo que merece—, y escribió sus *Elegías romanas* —honda y clara visión de Italia—, y da en *Estudio en cristal* y en su *Romance de José Conde*, poemas de antología, su hermosa juventud se internó en el reino de la sombra".

La muerte de Enrique González Rojo —miembro destacado del grupo de Contemporáneos— en 1939, dejó a mi abuelo como un animal herido, tembloroso, arrinconado por sus propios aullidos. Por fortuna su aullar, poco a poco y en beneficio del arte, se le fue

trasmudando en poesía, ya que González Martínez siempre tuvo el divino secreto de transustanciar la "ausencia" en "canto". Ejemplos de esta metamorfosis son "Ultimo viaje" y "El hijo muerto", textos que, al decir de la crítica y de la apreciación entusiasta de un sinnúmero de lectores, pueden ser considerados como dos de los más bellos e importantes poemas luctuosos de la lírica hispanoamericana. Recordemos, por ejemplo, las siguientes estrofas de "El hijo muerto", donde sobresale, además de la límpida factura, una emotividad exacerbada pero al mismo tiempo contenida y una desgarradora desolación inolvidable:

Como pájaro ciego en la espesura
que a golpes busca al náufrago del nido,
se estrella en tu silencio mi locura,
¿A qué reino de sombras has huido?
¿Qué lengua aprenderé para llamarte?
¿Qué viento me dirá que me has oído?

Brújula de dolor para buscarte,
se queda mi lamento suspendido
en el misterio trágico del mundo...
¡Oh, qué callar profundo!
¿Contra quién me rebelo... o a quién pido?...

Un apetito de consuelo y compensación hizo entonces acto de presencia en el ánimo de González Martínez. De ahí que, a continuación de las frases citadas arriba, continúe: Enrique "murió sonriendo, dirigiéndome su palabra de dulzura inolvidable, y tuvo la piedad de dejarme en prenda un hijo suyo, quien, desde edad temprana, ha comenzado a recorrer el largo y doloroso camino del arte... ¡Ah, si él pudiera acabar

la estrofa presentida o incompleta!".

Muchos años después, muerto ya también el autor de los *Senderos ocultos* (1952), el que esto escribe sintió la necesidad de hablar de los avatares de la "ponzoña lírica", sagrada e irrenunciable, que ha ido haciendo acto de presencia en mi familia:

Carrera de relevos, donde se halla convertida una musa
/en estafeta,

es ésta en que mi abuelo,
con mi padre,
y yo como heredero de la lira,
somos los tres Enriques,
las tres generaciones
de bardos
o de mentes
que enmarañan
el tiempo.

Mi abuelo tuvo el suyo: muchos días para hacer
/una antorcha y trasladarla
al hambre espiritual de otras dos manos.
Domesticó palabras como potros.
Ató a un endecasílabo
su pasión y su mente
y puso
sus secretos
en las sienes
del hijo.

Pero tú, padre mío, no pudiste testar a mi favor
/tu pentagrama.
Levantaste la mano con la antorcha,
buscaste que mis ansias la vivieran;
mas un aire, de pronto,
llegó, con su hoz en ristre,
a apagar
el remedo
de este sol
hecho en casa.

Alcé entonces la antorcha de mi abuelo para ver el
/cadáver de mi padre.

En el homenaje nacional a Enrique González Martínez,
Conaculta e INBA, Septiembre de 1995.